

Luis Martínez Santa-María

## Carta a Javier Ferrades

*Querido Javier:*

Me parece que la ampliación de la Facultad de Química no se entiende como un anexo o añadido sino como una acción que ha creado, ahora, la puerta del edificio. Esta coincidencia entre la puerta y el nuevo cuerpo edificado hace que la operación del anexo se justifique de inmediato. Se entiende, ya desde lejos, que el edificio tenía que prepararse para el ofrecimiento de su entrada, tenía que adelantar algo, y es precisamente lo que hace a través de este enajenamiento.

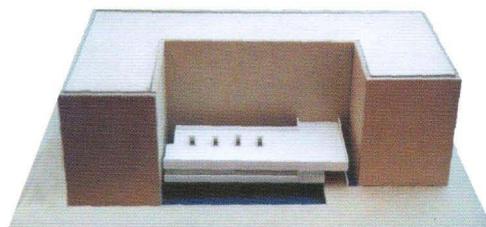
La Facultad de Química, dicho con otras palabras, está mejor con añadido que sin él. El añadido no actúa como algo que se suma, sino como algo que ratifica la unidad de la edificación, una unidad que se consigue con independencia de la calidad o heterogeneidad de cada parte integrante. Porque ocurre como en esas arquitecturas populares donde junto a los humildes muros de sillarejos mal concertados se sitúa una puerta labrada en sillería. El que el edificio antiguo quedase ajeno a la responsabilidad que tenía de situarse apropiadamente ante la explanada ha hecho que el anexo pudiera responsabilizarse de semejante adecuación. El tono algo abrupto de las antiguas fachadas favorece el destello de la puerta reciente.

El nuevo pabellón, entendido ahora como puerta o vestíbulo, también parece responder, con su atención al lugar ante el que se abre, a la importancia de esta potencial plaza universitaria, tan maltratada hoy, en verdad, pero pensada en su momento como un lugar común de confluencia pública, como el salón universitario por excelencia. Aquella hermosa posibilidad ha sido malinterpretada, pero todavía es posible imaginar lo que este umbral al aire libre podría haber llegado a ser si el elegante gesto que se señala en el edifi-

cio de la Facultad de Matemáticas de Alejandro de la Sota, de dar un paso adelante por medio de un pequeño volumen que sale a saludar a los estudiantes, hubiese sido seguido por el resto de las facultades.

Me parece también un valor a resaltar del nuevo pabellón el hecho de que sea de color blanco. En su simple color blanco, sí, en el llamado blanco de España que tan bien cuadra con la intensidad de la luz y las fuerzas de las sombras oscuras, dulces y azules de la tierra meridional. Qué difícil es ser capaz de volver a elegir el blanco. Sobre todo porque en el arte de la construcción, en la arquitectura, el blanco supone la ausencia del material. El blanco es un color líquido, es la insignia del revoco o el enlucido o la cal, y pertenece a su propiedad cromática, a su recuerdo, ser capaz de amalgamar y producir una cierta continuidad plástica sin que asome el protagonismo del material constructivo. Se diría que optar por el blanco es, en cierta manera, elegir que el edificio no tenga material y hasta que se inmaterialice algo. Es callarse un poco. El blanco

ha quedado entonces ahí, sólo, suspendido, mucho más humilde que el resto de las fábricas de diversos ladrillos que pueblan el desorden de esta plaza. El blanco, que tan emparentado está con la luz, ha venido a fortalecer las sombras creadas, las sombras únicas debidas a una construcción concreta. Y el blanco ha supuesto tal acierto, es tan contumaz su sencilla alocución, que se diría que su autor corre por ello el riesgo de quedar a él encadenado, de que se repita, de que se imponga sin él advertirlo, en el siguiente proyecto. Qué decisión tan aparentemente simple: mientras un tropel de ricas imágenes matéricas llama a la puerta, determinar que esta obra sea sólo blanca, que sea tan sólo horizontal y blanca. Y parecería tan intocable esta blancura que se abre un interrogante -tengo algunas dudas- ante el panel blanco que reviste la fachada y que por ser panel, y atornillarse y presentar juntas y cantos y sellados ya no es tan blanco. El blanco debe ser absoluto, único. Para tal fin -fíjate- el novio viste de negro en la ceremonia de la boda.





El nuevo edificio no tiene una cota determinada de asiento. El patio rehundido que se sitúa justo enfrente hace que su blanca fachada se hunda en el espesor de la plataforma y que sea entonces incierto el saber algo sobre los diversos pisos que constituyen este nuevo inmueble. Y esta decisión, que afecta a la ambigüedad de la lectura del pabellón, hace que la blanca horizontal propuesta se alíe a favor de la abstracción de una construcción sin base predecible, sin sustrato. Esta abstracción redunda en la presentación de la ampliación como un objeto suelto, como una cosa más que como un edificio, y ahí radica su inmediata amabilidad. El edificio, como le gustaría a Sota, no pesa mucho.

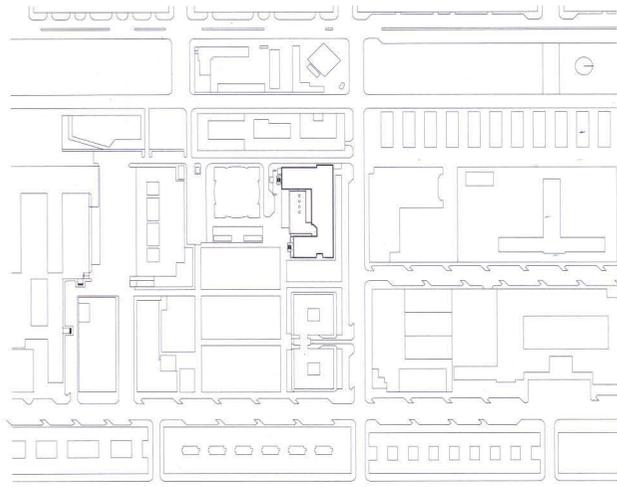
El amplio gesto de la ventana horizontal consigue que desaparezca en la composición de la fachada la inoportunidad de los huecos y espe-

cialmente, del hueco más difícil: la puerta. Es esta, una larga lucha, la de los arquitectos modernos de cualquier época, por destituir a la puerta de su portada. Le Corbusier, en la Villa La Roche, para tapan la puerta, se aprovecha del tronco de una vieja acacia. En la Villa Saboye la puerta está colocada de espaldas al acceso, en la punta del arco, tras un pilar, en el lugar de máxima invisibilidad. Es necesario que no exista la puerta, que la puerta quede travestida, tergiversada, ocluida, deshecha, enderezada de manera sorprendente. Así ocurre también en la Alhambra de Granada, donde los patios y los estanques y hasta los surtidores con sus orgullosos penachos de agua constituyen las insólitas puertas de las habitaciones principales. El arquitecto demuestra poseer los conocimientos por los que tan valorado era el maestro portero. Me pa-

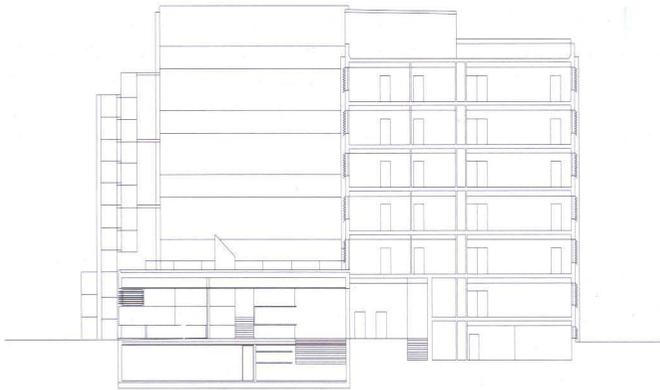
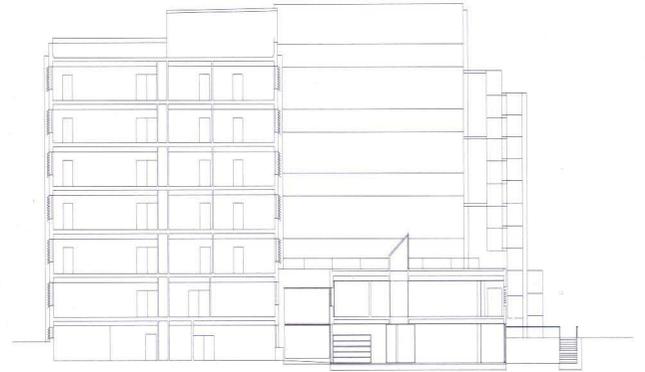
rece que en esta obra el gesto radical de la ventana alargada burla la existencia de la puerta que queda hundida y a otro rango en un plano más atrasado. La puerta, como tránsito, como conducto, es este largo ventanal por el que el nuevo pabellón expresa su deseo de comunicación y de permeabilidad con el Campus de Reina Mercedes. La ventana alargada, su gruesa raya de sombra bordeada de blanco, sonrío en un gesto de acercamiento y de simpatía.

Un fisonomista podría dedicarse a asignar caracteres a los edificios. Descubriría, a veces, aunque no siempre, que en concordancia con sus mismos autores éste es vivo, éste misántropo, éste locuaz, éste parco, éste altivo, éste ávido, éste falaz o paniaguado, éste demasiado honesto y éste hasta un poco plomo. De este edificio seguro que diría, Javier, que es sonriente ■

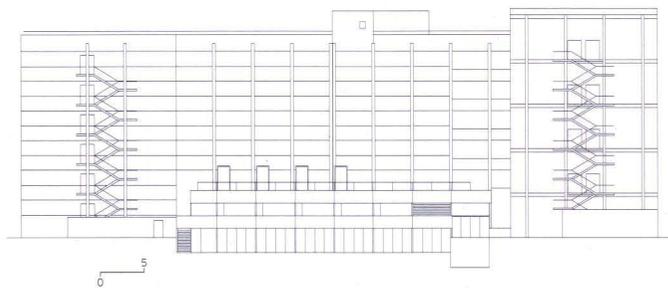




0 50



0 5



0 5

